

DIA XXIV.

MARTIROLOGIO.

LA NATIVIDAD DE SAN JUAN BAUTISTA, precursor del Señor, hijo de S. Zacarías y de Sta. Isabel, santificado en el vientre de su madre. (*Véase su vida hoy.*)

LA CONMEMORACIÓN DE MUCHÍSIMOS SANTOS MÁRTIRES, en Roma; los cuales en tiempo del emperador Neron acusados falsamente de haber puesto fuego á la ciudad, fueron cruelmente martirizados con diversos suplicios por orden del mismo Neron: unos cubiertos con pieles de fieras fueron echados á los perros para que los despedazasen; otros crucificados, otros arrojados al fuego para que sirviesen de luces durante la noche. Todos estos eran discípulos de los Apóstoles, y fueron las primicias de los mártires que la Iglesia romana como campo fértil de estos frutos envió al cielo delante de los santos Apóstoles.

LOS SANTOS MÁRTIRES FAUSTO Y OTROS VEINTE Y TRES, tambien en Roma.

LOS SANTOS SIETE HERMANOS MÁRTIRES ORONCIO, HEROS, FARNACIO, FERMIN, FIRMO, CIRIAGO Y LONGINOS, soldados, en Sataló de Armenia; á los cuales porque eran cristianos privó el emperador Maximiano de las insignias militares; y separados unos de otros los desterró á diversos lugares, en donde entre muchos trabajos y aflicciones murieron en el Señor.

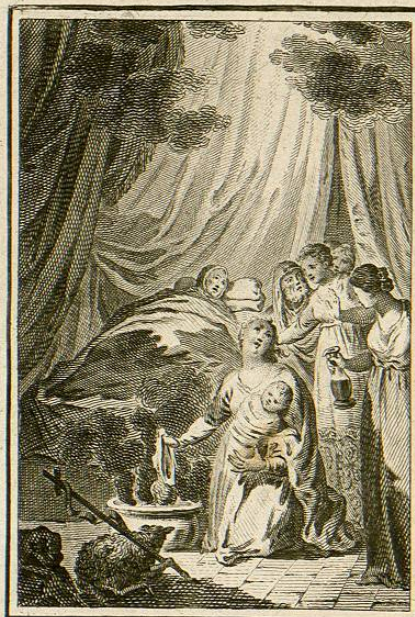
EL SUPPLICIO DE LOS SANTOS MÁRTIRES AGOARDO Y AGLIBERTO, con otros innumerables cristianos de ambos sexos, en Creteil territorio de Paris.

LA DICHOSA MUERTE DE SAN SIMPLICIO, obispo y confesor, en Autun. SAN TEODULFO, obispo, en Loubes.

SAN JUAN llamado TERESTES, en Silo de Calabria, esclarecido por su santidad y observancia de la vida monástica.

LA NATIVIDAD DE SAN JUAN BAUTISTA.

EL año de 5198 de la creacion del mundo, seis meses antes de la encarnacion del Verbo, hácia el fin del reinado de Herodes Ascalonita en Idumea, el último que ocupó el trono de los reyes de Judá, fué servido el Señor de dar al mundo aquel ángel, de quien dice el profeta Malaquías que habia prometido Dios enviar delante de Jesucristo para prepararle el camino; aquel profeta, y mas que profeta, como dice el Salvador, en quien se habia de acabar la ley y los profetas; aquel santo precursor, en fin, del verdadero Mesías, cuyo nacimiento habia de llenar de gozo á todo el universo, y cuya concepcion fué acompañada de tantas maravillas; aquel hombre tan extraordinario, de quien aseguró el mis-



NATIVIDAD
DE S. JUAN BAUTISTA.

mo Jesucristo no haber nacido otro mayor que él entre los hijos de las mujeres; Juan Bautista, hijo de Zacarías y de Isabel, ambos de la sacerdotal casa de Aaron, á la que únicamente estaba vinculado el sacerdocio; mas recomendables uno y otro por su singular virtud, que por su antigua nobleza. Eran justos delante de Dios, dice el Evangelio, llenando las obligaciones de la religión y de la ley; pero no tenían hijos, ni estaban ya en edad de tenerlos; fuera de que Isabel era estéril por naturaleza.

Era Zacarías sacerdote de la familia de Abías, la octava de aquellas veinte y cuatro clases en que distribuyó David toda la descendencia de Aaron, para evitar la confusión en el ejercicio de sus sagrados ministerios. Alternaban por semanas estas clases en el servicio de las funciones del templo. Al principio de cada semana se sacaba por suertes el sacerdote que habia de entrar á servir, para ofrecer el incienso al Señor por la mañana y por la noche en el lugar santo sobre el altar de oro. Dispuso la divina Providencia que en la semana que tocó á la familia de Abías, saliese la suerte á Zacarías. Entró, pues, á la hora acostumbrada en aquella parte del templo donde solo era permitido entrar á los sacerdotes, quedándose los demás en el vestíbulo, ó parte mas exterior; y habiendo acudido aquel día mayor concurso de pueblo que el ordinario, lo que hace verisímil que fuese un sábado por la noche, notaron todos que duraba la ceremonia mas de lo regular. Fué el caso, que mientras Zacarías estaba ofreciendo el sacrificio, visiblemente se le apareció un ángel en forma humana, que estaba en pié al lado derecho del altar. Al principio se llenó de un religioso temor el santo sacerdote; pero el ángel le confortó diciéndole: *No temas, Zacarías, que mi presencia antes te ha de alegrar que estremecer: subieron al cielo las oraciones que ofreciste por la salvacion del pueblo, y Dios las oyó benignamente. Y para que no pongas duda en ello, vengo á decirte de su parte, que tu esposa Isabel, en medio de sus años y de su esterilidad, concebirá y parirá un hijo, á quien pondrás el nombre de Juan, el cual llenará de consuelo á toda la casa de Israel. Su nacimiento será de grande alegría para tí, y para todo el mundo; porque nacerá para anunciar la venida de su Salvador: será grande á los ojos de los hombres, y mayor á los de Dios: destinado para Precursor del Mesías: santificado y lleno del Espíritu Santo en el vientre de su madre: por todo el discurso de su vida guardará una rígida abstinencia: no beberá vino, ni otro algun licor de los que pueden embriagar: predicará con tanto zelo, que convertirá muchos hijos de Israel á su Señor y á su Dios; y este mismo Dios hecho hombre no se deja-*

rá ver en publico hasta que Juan, su Precursor, haya anunciado su venida, caminando delante de él con la virtud y con el espíritu de Elías; harálo con tanta eficacia, con tanta felicidad, que los padres se regocijarán de ver como resucitada en sus hijos su piedad y su fe; muchos de los que ahora están ciegos y son incrédulos, abrirán entonces los ojos, conocerán sus descaminos, y llenos de celestial sabiduría se aplicarán únicamente á buscar á aquel que viene á salvarlos, para que cuando llegue los encuentre enteramente dispuestos á recibirle, á obedecerle y á seguirle.

No dudó Zacarías que era ángel del Señor el que le hablaba; con todo eso, como eran tan portentosas y tan sobre las fuerzas de la naturaleza las cosas que le prometia, no se pudo resolver á creerlas. *¿Cómo me puedo persuadir (le replicó) que suceda lo que me dices, siendo yo tan viejo como soy, y siéndolo mi mujer poco menos que yo?* Presto experimentó el castigo de su poca fe y de su poca confianza. Para mostrarle el ángel ante todas cosas la sinrazon con que dudaba de lo que habia oído, le declaró quién era, qué empleo tenia, y quién le enviaba. Yo (dijo) soy el ángel Gabriel, uno de los espíritus que asisten mas cerca del Señor, prontos siempre á ejecutar sus divinas órdenes: el mismo me envió á ti para anunciarte esta dichosa nueva; mas porque dudaste de lo que te he dicho, ves aquí que desde este mismo punto quedarás mudo, y no recobrarás el uso de la lengua hasta que se cumplan todas estas cosas.

Esperaba mientras tanto el pueblo á que saliese Zacarías, admirados todos de que tardase tanto en ofrecer el sacrificio; pero se asombraron mucho mas cuando al salir advirtieron que estaba sordo y mudo; novedad, que añadida al espanto y á la turbacion que notaron en su semblante, los persuadió á que sin duda habia tenido alguna vision. Concluida la semana de su ministerio, se retiró á una casa suya en la tribu de Judá, situada en las montañas, que se cree fuesen las de Hebron. Poco tiempo despues se hizo preñada Isabel; y como si se avergonzase de parecerlo en aquella edad, estuvo cinco meses sin salir de casa, dando continuas gracias al Señor por la merced que la habia hecho.

A los seis meses de preñado vino á visitarla su prima la santísima Virgen, cuando acababa de concebir en su purísimo vientre al Hijo de Dios por obra y gracia del Espíritu Santo. Noticiosa esta Señora del milagroso preñado de su prima, por habérsele anunciado el mismo ángel que se apareció á Zacarías en el altar de los inciensos, y conducida del Espíritu Santo, partió de Nazareth á Judea, no permitiéndola diferir un momento este viaje la misma divina inspira-

cion que se le habia sugerido. Llegando á Hebron, entra en casa de Zacarías, saluda á Isabel, y en el mismo punto de la salutacion el niño de seis meses que ésta tenia en sus entrañas, da saltos de alegría dentro del mismo vientre á la voz de la santísima Virgen, y queda santificado antes de nacer por la presencia de su Señor, que aquella purísima doncella llevaba en su casto seno. Los saltos y la santificacion del hijo fueron acompañados de un torrente de gracias que desprendió el cielo sobre la santa madre. Conoció en el mismo instante el incomprendible misterio de la encarnacion del Verbo; y no pudiendo contener el gozo y el respeto, encarando con su dulcísima prima, prorumpió en estas tiernas exclamaciones: *Bendita eres entre todas las mujeres, y bendito es el fruto de tu vientre. ¿De dónde á mi tanta dicha, que la Madre de mi Señor y de mi Dios se digne visitarme? Luego que llegaron á mis oidos las primeras palabras de tu salutacion, el hijo que tengo en mis entrañas saltó de gozo dentro de mi vientre, y yo misma me sentí ilustrada de una nueva luz.* Ya se deja discurrir que la estancia de la santísima Virgen en casa de Isabel seria un continuo cauce de gracias para toda la familia. Cerca de tres meses se detuvo la Señora en casa de su prima, y apenas salió de ella, cuando Isabel dió felicisimamente á luz aquel dichoso hijo, que, segun las promesas del ángel, habia de causar tanta alegría á todo el mundo; aquel á quien se le anticipó el perfecto y libre uso de la razon antes de haber nacido.

Apenas se estendió por la mañana la noticia de su feliz alumbramiento, cuando concurrieron de todas partes los vecinos y los parientes á darla mil parabienes por la merced que el Señor la habia hecho, dándola finalmente un hijo al cabo de tantos años de esterilidad. Ocho dias despues se volvieron á juntar los parientes, segun la costumbre, para la ceremonia de la circuncision, y preguntaron á la madre qué nombre se habia de poner al niño, no dudando que se llamaria Zacarías como su padre, y ya le iban á nombrar de esta manera, cuando la madre se opuso, diciendo que se habia de llamar Juan. Representaronla que aquel nombre era nuevo y estraño en la familia, no habiendo noticia de que alguno de ella le hubiese tenido jamás; pero manteniéndose firme Isabel en que se habia de llamar Juan, sin duda por habérsele tambien revelado á ella el mismo ángel, determinaron los parientes consultar al padre, y conformarse con lo que éste resolviese. Preguntáronle por señas qué nombre queria se pusiese al niño; y Zacarías pidiendo una pluma, escribió estas palabras: *Juan es su nombre.* Quedaron todos atónitos; pero lo quedaron mucho mas cuando vieron que soltándosele de

repente la lengua, recobró el uso de la voz, y comenzó á cantar alabanzas al Señor por las maravillas que habia hecho en su favor. Recibió tambien al mismo tiempo el don de profecía, no cesando de publicar las misericordias del Señor, que iba en fin á cumplir las promesas hechas á su siervo Abraham en órden al Mesías; asegurando que su hijo era su profeta y su precursor.

Llenáronse todos de un respetuoso temor á vista de tan maravilloso suceso, y prorumpieron en alabanzas del Señor. Estendida la voz por toda la Judea, quedaron igualmente asombrados cuantos le oyeron; y como hasta entonces no se habia visto semejante maravilla, todos hablaban de ella con cierto lenguaje de estático estupor. *¿Quién piensas será este niño?* se decian unos á otros. Verdaderamente que hasta ahora no hay noticia de otro algun nacimiento de otro profeta, acompañado de tantos prodigios; y si hemos de hacer juicio de lo que será en lo futuro por lo que vemos en lo presente, será el mayor hombre que haya nacido de mujeres. Así hablaban y así discurrían aun aquellos que tenían menos interés en los favores que dispensaba la divina bondad al recién nacido infante, y á toda la familia de Zacarías.

Como este dichoso padre de un hijo tan querido de Dios pasó repentinamente de mudo á profeta y á un hombre lleno del Espíritu Santo, sintiéndose ilustrado de una nueva luz, y encendido su corazón de un divino fuego, quiso luego dar parte á todo el mundo de la alegría que le causaba aquel bien, que habia de ser comun á todas las naciones de la tierra, y exclamó en este inspirado cántico:

«Bendito sea para siempre el Señor Dios de Israel, que se dignó visitar á su pueblo, y librarle de la esclavitud en que gemia despues de tantos siglos. Abatida la real casa de David, habiendo decaído de su majestad, de su grandeza y de su poder, vuelve otra vez á levantarla, y la restituye á su esplendor, enviándola el Salvador, que nos habian prometido los profetas que nos precedieron, asegurándonos, que por formidables que fuesen los enemigos de nuestra salvacion, él nos libraria de sus manos. Muestra bien que no puede nunca olvidar la alianza contraída con Abraham nuestro padre, y la promesa que le hizo de ejercitar sus misericordias con nuestros padres, estendiéndolas hasta nosotros; para que libres de la esclavitud de nuestros enemigos, le sirvamos sin temor, con una vida pura y santa, caminando continuamente en su presencia, y sirviéndole con fidelidad y con amor.» Así publicaba á todos el santo viejo las misericordias del Señor, cuando volviéndose hácia su hijo, y mirán-

dole fijamente, le dijo como arrebatado: «Tú, hijo mio, estás destinado para precursor y profeta del Salvador de los hombres: irás delante de él, allanarás el camino, y dispondrás los pueblos para recibirle; enseñarás á los pecadores la ciencia de la salvacion, para que volviendo á él por la penitencia, consigan el perdón de sus pecados. Estos son los efectos de aquella incomprendible misericordia que nos muestra en este tiempo, haciéndose semejante á nosotros, y bajando del cielo para visitar y para alumbrar á los que están sepultados en las tinieblas y en las sombras de la muerte, y conducirnos á todos al camino de la paz.»

El concurso de tantas maravillas como sucedieron en el nacimiento del niño Juan, le hicieron célebre en toda la Judea. Refiere S. Pedro Alejandrino como un hecho de pública notoriedad, que cuando Herodes buscó al niño Jesus para quitarle la vida, quiso hacer lo mismo con el niño Juan, por el ruido que habia metido en el mundo su nacimiento; pero que le libró su madre Sta. Isabel, retirándose con él al desierto, hasta que muerto Herodes, la madre se pudo volver libremente á buscar á Zacarías, aunque dejándose á S. Juan en el mismo desierto, donde queria el Espíritu Santo se mantuviese hasta el tiempo de su predicacion. La vida que hizo en él, la sabemos por relacion de los mismos evangelistas: manteníase de miel silvestre que es muy insípida, como tambien de langostas; y aun de esto era tan escaso y tan casi ninguno su alimento, como que no dudó decir de él la misma Verdad eterna, que no comia ni bebia. A la austeridad del alimento correspondia la del vestido; reduciase á una como zamarra de pelo de camello, atada á la cintura con una correa de cuero, pasando los dias y las noches en conversar con Dios, y disponiéndose con la oracion, con el ayuno y con todo género de penitencias para el ejercicio de su ministerio. Por esta inocente y penitente vida que hizo en el desierto, dicen san Agustín y S. Jerónimo, es tenido S. Juan por modelo de la vida austera y retirada de los anacoretas.

La Iglesia, dice S. Bernardo, celebra la vida y la muerte de los demás santos, porque fueron santos; pero festeja el nacimiento temporal de S. Juan Bautista, porque fué santo el mismo nacimiento, y origen de una santa alegría. Es tan antigua la institucion de esta solemnidad, que en uno de los sermones de ella dice S. Agustín la celebraban ya los fieles de su tiempo como de tradicion apostólica; y fué siempre tan solemne, que por algunos siglos se celebraban tres misas en este dia como en el de Navidad. Es tan general la alegría casi en todas las naciones,

que se ve cumplido el vaticinio del ángel, cuando predijo á Zacarias que el nacimiento de Juan causaría alegría universal á todo el mundo; como se está verificando aun el día de hoy, habiéndose pasado casi diez y ocho siglos. Testifica el citado S. Bernardo que este día no solo es uno de los mas alegres en el cristianismo, sino que hasta los mismos gentiles le solemnizan con luminarias, con hogueras y con otros regocijos. Lo mismo hacen en él los turcos y todos los orientales, segun nos lo refieren los viajeros. Lo cierto es, que despues de las principales fiestas de la Redencion, no hay otra mas solemne desde los primeros siglos de la Iglesia que la Natividad de S. Juan Bautista; y el concilio de Agda, celebrado el año de 506, la cuenta por una de las mas principales despues de la Pascua, Navidad, Epifanía, Pentecostés y Ascension; ni es menos antigua que la misma fiesta la solemnidad de su vigilia. Para disponerse á ella instituyó el concilio de Salgunstad un ayuno de catorce días; aunque no tuvo mucho efecto esta institucion particular.

Habiendo dicho el ángel á Zacarias que el hijo que le anunciaba estaria lleno del Espíritu Santo desde el vientre de su madre, es evidente que S. Juan conoció á Jesucristo y fué santificado antes de nacer. Por eso dice S. Ambrosio que su padre Zacarias dirigió al mismo niño su cántico, bien persuadido á que le entendia; y S. Gregorio asegura que antes de nacer estaba ya dotado del don de profecía.

HIMNO.

Ut queant laxis resonare fibris
Mira gestorum famuli tuorum,
Solve polluti labii reatum,
Sancte Joannes.

Nuntius celso veniens Olympo,
Te patri magnum fore nasciturum;
Nomen, et vite seriem gerendæ,
Ordine promit.

Ille promissi dubius superni,
Perdidit promptæ modulus loquæ-
læ,
Sed reformasti genitus peremptæ
Organa vocis.

Juan, para que resuenen nues-
tras voces,
Cantando tus proezas portentosas,
Desata las prisiones de la culpa,
Que la voz desentonan.
Del cielo vino un ángel, que á
tu padre
Tu nombre anuncia, y la serie toda
De tu vida, y que has de nacer
grande:
Por su orden cada cosa.
Desde entonces perdió tu padre
el habla,
Por dudar lo que el santo ángel
le informa:
Pero tú, luego que naciste al mun-
do,
Se la volviste pronta.

Ventris obstruso recubans cu-
bili,
Senserans Regem thalamo manen-
tem:
Hinc parens nati meritis uterque
Abdita pandit.

Sit decus Patri, genitæque Pro-
li,
Et tibi compar utriusque virtus
Spiritus semper, Deus unus, omni
Temporis ævo. Amen.

Quando en el vientre estabas en-
cerrado,
Sentiste al Rey, que en su tálamo
posa,
Y en virtud de tus méritos, tus pa-
dres
Profetizan y asombran.
La honra sea al Padre y á su
Hijo,
Y á tí su igual, virtud de ambas
Personas,
Espiritu, un Dios solo en la sus-
tancia
Por la eternidad toda.
Amen.

La misa es en reverencia del Santo, y la oracion la siguiente:

O Dios, que hiciste este día tan solemne para nosotros por el nacimiento de S. Juan Bautista, concede á tu pueblo la gracia de los espirituales rego-
cijos, y endereza las almas de todos los fieles por el camino de la vida eterna. Por nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epistola es del capítulo 49 de Isaías.

Oid, islas, y vosotras, gentes gloriaré. Y ahora el Señor que me formó siervo suyo desde mi concepcion, dice: He aquí que yo te he constituido luz de las gentes, para que tú seas mi salud hasta el extremo de la tierra. Los reyes y los príncipes se levantarán al verte, y te adorarán por causa del Señor, y el Santo de Israel, que te eligió.

REFLEXIONES.

Oid, islas, escuchad con atencion, pueblos distantes: El Señor me llamó desde el vientre de mi madre. Aplica la Iglesia estas palabras del profeta á S. Juan Bautista, y con efecto tienen mucha relacion con el precursor del Mesías; pero si las queremos entender en el sentido moral, ¿quién de nosotros no

tendrá motivo para convidar á todos los pueblos del mundo á admirar las misericordias del Señor, y á reconocer el insigne beneficio que nos hizo, disponiendo que naciósemos dentro del seno de la santa Iglesia? ¿quién de nosotros no podrá esclamar con David: *Venite, audite, et narrabo, omnes qui timetis Deum, quanta fecit animæ meæ?* Todos los que temeis á Dios, venid, escuchad, y os contaré cuantos beneficios ha recibido mi alma de su liberal mano. Antes que fuese concebido pensó en mí; ¡y con qué bondad fué disponiendo aquella continua série de providencias particulares, sin las cuales seguramente no hubiera sobrevivido á mi nacimiento! Pero donde manifestó mas su bondad y su amorosa providencia, fué en toda la admirable economía de nuestra salvacion. ¡Qué sabiduría en disponer los medios, en desviar los peligros, y en multiplicar las gracias y los auxilios! El que tiene espíritu y entendimiento verdaderamente cristiano, descubre un sin fin de maravillas en toda la economía de la divina Providencia. Acordóse el Señor de nosotros: ¿y qué sería de nosotros si nos hubiera olvidado? ¿y qué debemos esperar, si nosotros mismos nos olvidamos del Señor? Inspirado el profeta del espíritu de Dios, antes de referir los favores y los beneficios recibidos de su liberal mano, da principio convidando á todo el universo mundo para que vengan á reconocerlos. Estamos nosotros como inundados, como anegados en los beneficios del Señor; el cielo, la tierra, los elementos, las estaciones, todo nos predica su liberalidad; vivimos de sus bienes, no hay día que no señale con algun nuevo beneficio. Ya que no nos privilegió en el nacimiento, por lo menos á pocos dias nos santificó la gracia del bautismo; y si nuestra inocencia no ha durado tanto como nuestra edad, no quedó por su misericordia. ¿Pero donde está nuestro agradecimiento? ¿Y quién de nosotros no tendrá razon para decir que el Señor le protegió á la sombra de su mano? Trae á la memoria aquellos dias peligrosos, aquellas ocasiones secretas, aquellos enemigos encubiertos, aquellos ocultos venenos tan dignos de temerse. ¿Sacóte por ventura el arte de los médicos de aquella enfermedad que te puso á las puertas de la muerte, cuando tenias tanta necesidad de vivir para enmendar tu mala vida? ¿Debiste á tu industria ó á tu habilidad el salir tan felizmente de aquel estrecho lance en que corrian igual peligro tu vida y tu salvacion? ¿Somos en fin deudores de tantos dichosos sucesos á nuestros imaginarios méritos? *Non nobis, Domine, non nobis, sed nomini tuo da gloriam.* Sí, mi Dios; bien lo sabemos, ningun hombre racional puede dudarle, que todos estos beneficios, todas estas gracias, todas estas misericordias

han sido efecto puro de vuestra inmensa bondad. Pero si lo sabemos, ¿como somos tan ingratos? ¿Cuántos habrá que hasta ahora no han dado gracias al Señor por el beneficio de haberlos hecho nacer de padres cristianos, y por el de haberlos reengendrado despues en las aguas del bautismo? ¡O buen Dios, y cuantos remordimientos nos ahorraria un poco de reflexion!

El Evangelio es del cap. 1 de S. Lucas.

Cumplióse á Isabel el tiempo de parir, y parió un hijo. Y sus vecinos y parientes oyeron como el Señor habia ensalzado con ella su misericordia, y la daban parabienes. Y sucedió que á los ocho dias fueron á circuncidar el niño, y le llamaban Zacarias como á su padre. Y respondiendo su madre, dijo: De ningun modo, sino que se ha de llamar Juan. Y la dijeron: No hay ninguno en tu parentela que se llame con este nombre. Y hacian señas á su padre, cómo queria que se le llamase. Y pidiendo el estilo, escribió diciendo: Juan es su nombre. Y todos se admiraron. Y en aquel mismo instante fué abierta su boca, y desatada su lengua, y hablaba bendiciendo á Dios. Y sus vecinos fueron poseidos del temor: y todas estas cosas se divulgaron por todas las montañas de Judea: y todos cuantos las habian oído, las ponderaban en su corazon diciendo: ¿Qué niño será este? Porque la mano del Señor estaba con él. Y Zacarias su padre fué lleno del Espíritu Santo. Y profetizó diciendo: Bendito el Señor Dios de Israel, porque ha visitado y redimido á su pueblo.

MEDITACION.

Sobre aquellas palabras: ¿Quién piensas será este niño?

PUNTO PRIMERO.—Considera que no hay cosa mas ignorada ni mas oculta al hombre que su eterno paradero. ¿Tendrá la dicha de ser del número de los escogidos, de gozar de Dios eternamente en el cielo, ó tendrá la desgracia de ser contado entre los precitos, y de arder por toda una eternidad en el infierno? Esta es una noticia que Dios ha reservado solo para sí; lo que sabemos de cierto en esta vida es, que entre estos dos extremos no hay medio. Si Dios no fuere nuestro soberano bien, será nuestro soberano mal. Espantosa disyuntiva, que hace comprender bien la necesidad de la salvacion. No hay cosa mas oculta que este temeroso destino, y ninguna interesa mas nuestra

curiosidad. ¿Qué piensas será aquel hombre, aquella mujer profana? y ¿qué pienso yo mismo de mi suerte? Pero el que quisiera tener un presagio poco dudoso del destino que le espera despues de la vida, consulte sus costumbres, sondéese á sí mismo si es que tiene fe; juzgue de su suerte por el fondo de su religion, por sus máximas y por sus obras.

¿Seguiráse una santa muerte á una vida poco cristiana y aun licenciosa? ¿Un espíritu mundano, un corazón libertino, y unas costumbres estragadas, podrán llevar frutos dignos de la vida eterna? ¿El cielo, aquella purísima mansion, donde no se da entrada á la mas mínima mancha, admitirá á una alma enteramente carnal? ¿Y se podrá esperar que se conceda una bienaventuranza eterna en recompensa de una vida atestada de pecados?

El Evangelio y la doctrina cristiana es la verdadera regla de las costumbres. Esta es aquella ley segun la cual se juzga y se decide de nuestro eterno destino; las únicas pruebas de los autos son nuestras obras. ¿Queremos saber cuál será aquella espantosa sentencia, de la cual nunca hay apelacion? Pues consultemos nuestra conciencia y el Evangelio; no ignoramos las reglas, las máximas ni los preceptos del uno; y sabemos muy bien los desórdenes, los delitos y los remordimientos de la otra. Todos son unos testigos que no podemos recusar; los hechos están probados, y nuestra propia conciencia los confiesa. Pues cotejemos estos hechos con el precepto; la ley está clara; con que parece que no es difícil adivinar cuál ha de ser la sentencia.

¡Ah Señor! ninguna cosa es mas fácil de pronosticar, y mas cuando vos os esplicasteis tan claramente: *El que no cree, ya está condenado*. No es menester consultar el otro oráculo. *El que come y bebe indignamente la carne y la sangre de Jesucristo, dice el Apóstol, come y bebe su eterna condenacion*. Examínese cada uno segun la religion y segun el Evangelio, y fácilmente acertará lo que debe pensar de su eterna suerte y de su eterno destino.

PUNTO SEGUNDO. — Considera que nuestras inclinaciones, nuestras máximas en materia de religion, nuestras costumbres y toda nuestra conducta es un pronóstico del paradero que algun día hemos de tener. Esa desenfrenada codicia, esa impetuosa ambicion, esa licenciosa disolucion de costumbres, esa indevotion tan visible, esa poca religion, no pronostican cosa buena. Si apenas vives como cristiano, ¿puedes racionalmente esperar morir como santo? ¿cuántos actos de religion haces en todo el día?

El negocio esencial, personal y único de la eterna salvacion, pide todo el tiempo de la vida: ¿cuánto empleas tú en este negocio? Unas oraciones vocales de mera costumbre, y con perpetuas distracciones; un aparecerte de ocho en ocho dias en la iglesia sin devocion, y aun sin religion algunas veces; un recibir los sacramentos, capaz de entibiar la fe, y aun de desacreditar la religion, por el poco fruto que se saca de ellos, ó por mejor decir, por la mala disposicion con que se reciben, la que estorba el fruto que habia de sacarse. Confesiones sin enmienda; comuniones sin aumento de gracia y sin fervor; ejercicios espirituales sin mérito; todo esto no pronostica buen fin, no anuncia suerte dichosa. Confesémoslo; no somos nosotros solos los artifices de nuestra eterna felicidad; debémosla á la gracia y á la misericordia del Redentor; pero nosotros solos somos los que nos fabricamos nuestra eterna condenacion, nuestra perdicion eterna. No hay réprobo, no hay condenado que no conozca, que no confiese por toda la eternidad que tuvo los auxilios necesarios para salvarse, y que si se condenó fué porque no quiso corresponder á la gracia. Pues el desprecio que ahora se hace de ella, esa infidelidad con que se la trata, ese abuso de los sacramentos, esas costumbres viciosas, esas continuas reincidencias, ese fondo de indevotion, de insensibilidad y de irreligion, todo esto puede ser un pronóstico poco incierto, y casi palpable del destino que te espera por toda la eternidad. *Porque vendrá el Hijo del hombre con la gloria de su Padre, y acompañado de sus ángeles, y entonces dará á cada uno lo que le corresponde conforme á sus obras*. Consultemos, pues, nuestras obras, y por ellas podremos juzgar qué será eternamente de nosotros.

¡Mi Dios! ¿á qué fin seremos tan curiosos por saber nuestro destino? ¡Ah! que mis costumbres, mis acciones y mis máximas me ofrecen sobrados materiales para satisfacer mi curiosidad; pero tambien me los ofrecen, y muy espantosos, para fundar mi temor. Todo cuanto al presente veo en mí, me pronostica la mayor de las desdichas. Vos, Señor, podeis conjurar con una nueva gracia, y hacer que no se verifiquen todos estos funestísimos presagios; concededme, Dios mio, esta gracia de mi perfecta conversion, y no permitais sean inútiles para mí estas reflexiones que acabo de hacer por vuestra misericordia. Resuelto estoy, mediante vuestra divina gracia, á vivir cristianamente en adelante, y que mi vida sea el mejor pronóstico de mi eterna dichosa suerte.

JACULATORIAS. — Dignaos, Señor, de tener misericordia de

mí; haced que me convierta, y será dichoso mi destino. (*Psalm. 118.*)

Haced, Señor, que en adelante guarde vuestra ley, y no pecaré. (*Psalm. 118.*)

PROPOSITOS.

1 ¿Quieres saber lo que serás? pues mira lo que eres. Tus máximas, tu devoción, tus costumbres y tu conducta son el horóscopo mas seguro. No cuentes con la vana esperanza de convertirte en edad mas madura; el tiempo no hace otra cosa que fortificar mas las malas inclinaciones. Si los árboles tiernos salen torcidos, cuanto mas crecen mas se encorvan; antes se les hará astillas que conseguir enderezarlos. Las enfermedades habituales crecen con los años; las malas inclinaciones de los jóvenes envejecen con ellos; no tienen siempre el mismo fuego ni los mismos ímpetus, porque los refrena algunas veces la madurez de la edad; pero la raíz cada día es mas profunda. Sucede á las pasiones lo que á los torrentes; nunca mas violentos que cuando están mas distantes de su origen. Es cierto que cuanto mas se estienden hacen menos ruido; ¿pero hacen por eso menos daño? La lujuria, la cólera, la avaricia, etc., cada día cobran mayores fuerzas al paso que se va debilitando la razón. Considera cuanto te importa corregir tus costumbres y domar tus pasiones desde los primeros años; en llegando á formarse el hábito, apenas es ya tiempo. Haz juicio de la disposición en que te hallarás en la hora de la muerte por la que has tenido desde tus primeros años. No quisieras morir al presente, y te parecería segura tu reprobación si en el estado actual te vieras precisado á comparecer en el tribunal de Dios. Si no te enmiendas hoy, mañana serás peor. ¿Quieres tener un buen pronóstico de tu dichoso destino? pues comienza desde luego el edificio de la perfección sobre el plan que te has formado.

2 Seas del estado que fueres en el mundo, ora del eclesiástico, ora del secular, siempre tienes obligaciones que cumplir, y perfección á que aspirar. Comienza desde hoy á cumplir exactamente todas tus obligaciones, y vive de manera que cada acción sea un pronóstico de tu dichosa suerte. En cada una de ellas, ó á lo menos muchas veces al día, dite á tí mismo: mi fidelidad y mi puntualidad me dan nuevo motivo de confianza; y da lugar á esta consideración en todas tus oraciones y en tus exámenes de conciencia. Examina bien todas las noches antes de acostarte, qué es lo que te promete y te pronostica el porte de aquel día.

DIA XXV.

MARTIROLOGIO.

EL TRÁNSITO DE SAN SOSIPATRO, discípulo del apóstol S. Pablo, en Berea. (Habiendo sido enviado por el mismo apóstol S. Pablo á predicar el Evangelio á la isla de Córcega, fué despues obispo de Iconio. Vuelto despues á Córcega, Cercilino rey de la isla, mandó que fuese atormentado juntamente con siete ladrones á los cuales habia convertido estando en la cárcel; pero mientras los Santos estaban sufriendo, bajó fuego del cielo que consumió á los dos hijos y á la esposa del rey. En vista del milagro el rey invocó al Dios de Sosipatro y despues fué bautizado.)

SANTA LUCIA, virgen y mártir, con otros veinte y dos, en Roma. (Esta Santa era de Urbino y fué llevada á Roma para satisfacer la sensualidad del emperador; y como se negase á ello, diciendo que estaba desposada con Jesucristo, fué atormentada y luego degollada juntamente con otros veinte y dos mártires en el año 301.)

SAN GALICANO, mártir, y cónsul, en Alejandría; exaltado á la honra del triunfo, y privado del emperador Constantino. Convirtieronle á la fe de Jesucristo los santos Juan y Pablo, y se retiró con S. Hilarino á Ostia, en donde se dedicó todo á la hospitalidad y al servicio de los enfermos; lo cual divulgándose por todo el mundo, venian muchos de diversas partes á ver al que de patricio y cónsul se bajaba á lavar los pies á los pobres, á ponerles la mesa, á lavarles las manos, y á servirles con mucho cuidado en sus enfermedades; y se ejercitaba en todas las demás obras de misericordia. Desterrado de Ostia por orden de Juliano apóstata, se fué á Alejandría, en donde forzándole el juez Rauciano á que adorase á los ídolos, lo rehusó con constancia; por lo cual lo mandó degollar, y consiguió la corona del martirio.

SANTA FEBRONIA, virgen y mártir, en Sibápolis de Siria; la cual en la persecucion de Diocleciano, por conservar la fe y la castidad, por mandato del presidente Lisimaco, primeramente fué azotada con nervios, y atormentada en el potro, despues descarnada con peines de hierro, y echada en el fuego: finalmente habiéndole arrancado los dientes y cortado los pechos, por último la degollaron, y adornada de tantas joyas de tormentos voló á su Esposo. (*Véase su vida en las de hoy.*)

SAN ANTIDIO, obispo y mártir, en Besanzon de Francia, al cual dieron muerte los vándalos por defender la fe católica.

SAN PRÓSPERO de Aquitania, obispo de Reggio, en esta misma ciudad; illustre en erudición y piedad, el cual combatió acérrimamente contra los pelagianos en defensa de la fe católica.

SAN MÁXIMO, obispo y confesor, en Turin, famoso por su saber y santidad. (Fué otra de las luminosas antorchas del siglo v. Asistió al concilio de Milan en el año 451 y al de Roma en tiempo del papa Hilarino en el de 465, suscribiendo en este último despues del papa. Poco despues de este año murió, dejando un número considerable de homilias, de las